



Pancho Millaleubu

La Tucapelina

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Pancho Millaleubu

La Tucapelina

Poema heroico

Década Primera

Rompa mi voz al nombre de Dios Trino

Principio, medio y fin de cosas buenas;

Invoque con sus motes un ladino

Al coro y coronel de las camenas:

No censuren mi estilo genuino

Los que compran y venden sus mecenas:

Todos sigan si gustan mi Talía,

Se chuparán los dedos de ambrosía.

Sopla que quema, Apolo regalón,

Tendrás otro festín como el de antaño

Que si no es Araucana en la sazón

Será Tucapelina a lo de ogaño:

De ambrosía va llena mi canción

Y sacarás el vientre de mal año

Si me prestas el numen, fuego y sales

Que diste al gran Ercilla y otros tales.

Gobierna, pues, mi pluma, sabio Apolo,

Para hablar del asunto dignamente,

Pues a mi corta esfera llegan sólo

Los ecos de un ladino balbuciente;

La fama lo echará de polo a polo

Con su trompa sonora y elocuente

Mientras mi admiración rompe el silencio

Dudando de lo mismo que presenció.

¿Qué novedad es esta, Chile amado?

¿Qué es esto Butalmapu de la costa?

El bravo Tucapel, el rebelado

Ya de manso y leal se las aposta:

De patirus y huincas repoblado

Todos sirven al rey por la posta:

Las tropas van y vienen por la tierra,

Todo es paz octaviana, fuera guerra!

¿Dónde estáis Ailavilu, Lincollán,

El Lautaro traidor y yanacona

Paillamacu, Antiguen, Caupolicán

Enemigos de España y la corona?

El Valdivia, Mendoza, Villagrán

Por ella sacrifican su persona,

Y aunque pese al Arauco y sus anales

Será eterna la fama de los tales.

¿Dónde los Paillatarus, Cayancura,

Los thoquis, Colocolo y Tucaapel,

Monstruos de obstinación y de bravura?

El Paillamacu, ¡maldito sea él!

Que a estado y religión dio sepultura

El traidor, el apóstata, el infiel,

Quien mató al gran Loyola en Curalaba,

Porque un Sotomayor allí no estaba.

A este héroe de Marte que apellido,

Titulado Marqués de Villahermosa,

Nunca echará el Arauco en el olvido,

Por su valor y espada victoriosa,

Chillan, la capital de su partido

Una estatua le erige muy gloriosa:

Rui Gamboa la funda, y deja en cuna,

Él la estima y ensalza cual ninguna.

A pesar de la envidia y el infierno,

Del furor araucano y los temblores,

Al ángel de Chillán desde ab eterno

Lo destinó el Señor por sus honores:

Por muy noble y leal en su gobierno

Por su piedad, y fe, toda a candores,

Entre sus auges cuenta por primeros

Un colegio real de misioneros.

Deste taller sagrado y seminario

De santos y apostólicos varones

Salen con un fervor extraordinario

A convertir los indios en misiones,

Condares y Espiñeiras en sumario

Fueron de los primeros campeones:

Santa Bárbara, Antuco y Villacura

Hacen memoria dellos con ternura.

El indómito Arauco, el Valdiviano,

Mariquina, Tolthen, Ganique, Niebla,

El Arique, Quinchilca, el Osorniano,

El Huillimapu todo se despuebla:

El celo aragonés, el castellano

De colonias seráficas lo puebla;

Y éstas y otras hazañas excelentes

Del muy alto Chillán son procedentes.

Década Segunda

O reinan los Augustos y Thodosios

O transmigran las almas, según creo,

O ya se verifica en dos Ambrosios

Lo que fábulas mienten de un Orfeo:

El amansar las fieras son sus ocios,

Los cuatro Butalmapus son trofeo;

El Tucapel rebelde, el araucano

Es vasallo leal, fiel, ambrosiano.

En profundas tinieblas sumergidos

Yacían Tucapel y su comarca,

Del gremio de su madre divididos

Por infieles a Dios y a su monarca:

Su iglesia, altar y santos demolidos,

El estado despojo de la Parca,

La misión imperial, aquí fue Troya,

Las caras y bien caras, son tramoyas.

A estado tan funesto y lamentable

Redujo el fatal hado a los costinos:

Siempre el Plutón voraz, pero insaciable

Abrió a mil desventuras los caminos

Con pretexto y disfraz de bien sociable:

Curín y Leriant son dos vecinos,

Y como lobos, pues, de una camada

La cabra tiró al monte y la manada.

No es Roma dulce patria para Scitas,

Ni nacen cada día los Orfeos,

Ni Hércules con fuerzas inauditas

Venció sobre la tierra sus Anteos:

Forte, forte, que plumas eruditas

A Sátiros dedican los Liceos,

Y es muy loba y leal la musa mía

Para meterse en Villa y Villanía.

Al fin es la victoria del Señor,

El Iris se ofrece en vaticinio,

Renovando a la tierra su verdor,

Volviendo a Dios y al César su dominio;

El perdido rebaño a su pastor

Y la Iglesia y Estado el postliminio,

Los hijos a los brazos de sus padres,

Y éstos los acarician como madres.

Como pródigo vuelven a Francisco

Perdido y disipado el patrimonio,

Su amparo solicitan, y su aprisco

En fe de primacía y testimonio

De que sus hijos son en Cristo y fisco

Desde el primer obispo fray Antonio

Y lo fueran aún, según mi estima

Si reinaran Solanos como en Lima.

Ni es de extrañar que la araucana grey

Con todas sus provincias y cantones

Faltase a la fe y a nuestra ley,

Sin tener más doctrinas, ni misiones

Que en los pueblos fundados por el rey,

Que eran siete con indios a millones:

Desde el gran Bio-Bio a Chiloé

Forme celo y prudencia el Pilipié.

Hágase con la huésped la cuenta

De ingleses y holandeses por sus mares,

Seduciendo la plebe mal contenta,

Pervirtiendo caciques a millares:

De una nación infiel y turbulenta,

¿Qué se puede esperar sino ejemplares?

Escrito está: con santo serás santo,

Como con los perversos otro tanto.

Además de los huéspedes piratas,

Si los fastos no mienten, ni la historia,

Las ciudades con ruines contratas

Se elevaron al colmo de su gloria:

Las paces generales tan baratas

Fomentaron el lujo y vanagloria,

Y tal vez por el sumo desbarato

El gran jefe Loyola pagó el pato.

En la Imperial, Valdivia, y en Osorno,

Lima y Estrecho son los favoritos,

Girando su comercio siempre en torno,

Disparate el mayor según peritos:

Villarrica era llave, y su contorno

Para ocurrir a España en los conflictos:

Por su obra que lleva a Buenos-Aires

Mil peligros se ahorran y desaires.

Década Tercera

Entrega de los padres y su convoy a Tucapel

Llégase, pues, el suspirado día,

El Tucapel no cabe de contento,

Por todo el Butalmapu luego envía

Sus guerquenes, que son hijos del viento:

Volando con placer, con alegría

En Arauco se juntan al momento

La grandeza costina y plebe toda

De sus cari-patirus a la boda.

La gran plaza de Arauco fue teatro,

Donde el señor maestro puso su Corte,

Año setenta y nueve, día cuatro

De noviembre, que reina en sur y norte:

Aquí fecho el cahuin, o anfiteatro,

Que entre los indios es de sumo importe,

Les entrega sus padres mano en mano

Al nombre de su Dios, y soberano.

Con la fuerte energía de un Ambrosio

Y valor militar de gran maestro

Al alma les habló deste negocio.

No hay verdad que no diga, no demuestre;

En defensa del rey del sacerdocio,

Empeña su piedad y honor ecuestre;

Que castigar rebeldes sabrá luego

Entrando por la costa a sangre y fuego.

El Arauco que manda Neculbud,

De la costa leal primer bastión,

El Tucapel mentado en norte y sud

Su jefe el Cathileubu, y decurión;

El Ranquilque que en toda su amplitud

Tiene al Llaupilabquen por su Solón,

El Tirua, Boroa, el Imperial

Callan y oyen en suspensión total.

Tantos caciques, todos respetables,

Por vasallos, por fuerzas, por valor

Manifiestan con señas muy palpables,

Su lealtad a su rey, a su señor;

La prudencia, bondad, dotes amables

Que adornan a su jefe y protector

Arrastran con impulso poderoso

A todo el Butalmapu belicoso.

Ya disuelven sus Cortes y cahuin

Con vivas que resuenan todo el día,

Y aunque la envidia muerda mi chapín

El cielo y tierra llenan de alegría;

Ésta de sus miserias sale al fin,

Aquél llueve un maná, todo ambrosía:

El Tupacel se rinde a Dios y al rey

Y la costa se amansa como un buey.

Los hijos del humano serafín

Vuelan tras de su amado Tupacel,

Las luces que ocultaba el selemín

Brillan por el muy alto coronel;

La furia infernal lleva en San Martín

Viendo la costa toda en gran tropel:

Elevan a sus patrones en las palmas

Cincuenta y más caciques, millón de almas.

Ya los Campos Elíseos se presentan

Del Tucapel soberbio y belicoso,
Y los padres en ellos se aposentan
Regándolos de llanto muy copioso:
Uno por uno ven, registran, cuentan
Los sitios de un país tan delicioso,
Monumentos de su gloria pasada
Pero tristes asuntos de Iliada.

Aquí fue Troya, dice la Cañete,
Ciudad aún en su cuna otra Imperial;
Allí se ve del Hado hecho juguete
El fuerte de San Diego misional,
El fresco de la costa y del boquete
Que ya se declaró boca infernal,
Vomita incendios, lanzas y villanos,
Motines de llanistas y araucanos.

Aquí, Tucapelina,

Te pido por favor

Este corto paréntesis,

Que entre lo heroico pone mi dolor.

Mi Tucapel amado,

¿Quién ha sido el traidor

Deste infeliz

Sino el fuego, la guerra y el furor?

Esas tristes ruinas

Son voces del Señor,

Monumentos retóricos

Que te llaman a objeto superior;

Renueva la memoria

De tu antiguo esplendor,

De tus vuelos seráficos

En la dorada edad de tu fervor.

El siglo de la plata,

El del bronce, ¡qué horror! El de hierro plutónico

Aquí fue Troya dicen con pavor:

Tucapel, Tucapel, conviértete al Señor!

Década Cuarta
Fundación de la Misión y de su Iglesia.

En la Araucana vierte furor, saña,

El gentil, rebelde Tucapel,

Sus caciques y conas en campaña

Son alumnos de Marte y de Luzbel:

La fama le celebra aún en la España

Por bravo, fogoso y por cruel:

O miente la Araucana, pese a Ercilla,

O Tucapel se ha vuelto otra Castilla.

Su lealtad y obediencia consta al rey

A pesar del Tupac, pretense inca,

Su amor al español, obsequio y ley

Publíquenlo las tropas, diga el huinca:

Sobre entregar sus hijos al virrey,

Dirá todo un colegio, real finca:

Callen, en fin, los Zoilos mequetrefes,

Hablen de sus servicios nuestros jefes.

Hablando de su fe y de su conversión

No puede ser más viva, más ferviente;

El estado feliz de la misión

Es a todos bien público y patente:

De ser obra de Dios su fundación

Dan testimonio ilustre y convincente

Tres caciques, diez conas bien casados,

Cien párvulos y adultos bautizados.

No vio tales progresos este polo,

(Rómpase o no la envidia en el vocablo),

Ni pudo en muchos siglos Colocolo

Decir cómo está escrito: Plauto Pablo;

Y luego incontinenti: pegó Apolo.

Dios ha dado el aumento, pese al diablo:

Tucapel, Tucapel aún en su cuna

Decir puede otro tanto por fortuna.

El cielo no empereza sus conquistas,

Por eso Tucapel marcha gigante;

Los caciques, los conas, mitas listas

Fabrican la misión más elegante:

El convento y capilla son cronistas

De los hijos de un orden mendicante,

Que reprochan cierto refrán bellaco,

Dicho está: la codicia rompe el saco.

¡Qué exigencia, qué empeño, qué conato!

¡Qué fervor, qué piedad, qué devoción!

¡Qué edificio, qué iglesia, cuánto ornato

En término tan corto y tal región!

¡Oh! si Apeles hiciera un fiel retrato,

O la Tucapelina algún borrón!

Por el dedo sacaran el gigante

De las obras de Dios que es el garante.

¿Quién obra este prodigio, con efecto,

Sino Dios en honor del cristianismo?

¿Un edificio tal sin arquitecto

Entre tan vasto y pobre gentilismo?

La indiferencia trocada en el efecto;

En culto y devoción el ateísmo;

Tucapel que pintó tan lobo Ercilla,

Está a son de campana en la capilla!

Ya pues se concluyó toda faena,

Allá se avenga Marta con sus pollos,

A los ocios se dan de Magdalena,

No diré si por santos o criollos;

De la Iglesia se trata y de su estrena

Y de evitar por Llanos los escollos,

Pues el Cholchol avisan por la posta

Que el llanista Curín viene a la costa.

Con acuerdo se parla del asunto

Es grande junta y pleno consistorio,

Y todos a una voz dan el punto

De tener un cahuin gratulatorio;

Que asista el Butalmapu todo junto

Lo hará más respetable y más notorio;

Y si el llanista viene a dar malón,

O vencer o morir por la misión!

Para tener, en fin, la fiesta en paz

Y eternizar su fama en los anales,

Un arbitrio muy propio y eficaz

Les ocurre por indios muy cabales:

A su jefe y señor que es muy sagaz

Mensajeros aprontan principales:

Todos meten en casa su buen día,

Si llenan los pillanes de ambrosía.

Década Quinta

A obtener de su oráculo el Amén

Dispuso su embajada un triunvirato,

Émulo del que hizo allá en Belén

Al Divino maestro obsequio grato,

Cathilef, Mariñán, Guenulabquén

Tres Régulos en fama y caricato,

Llevando el Cathilef por gran bastón

Cual Neptuno de costa su tritón.

Día diez de setiembre, año de ochenta

Y tres, más sobre mil y setecientos,

Salen de Tucapel con toda ostenta

En pegasos ligeros como vientos:

y marchando lo más leguas cuarenta

Llegan los tres caciques muy contentos

A la gran capital de la frontera,

Que si fuera Imperial, Mocha no era.

A su dueño y señor besan la mano

Marismaris le dan y abrazos mil,

Y evacuados saludos, el decano

Parla con elocuencia varonil

Sobre estrenar su Iglesia en el verano

Con gozo y complacencia muy gentil,

Si se digna de honrar su señoría

Su mapu-Tucapel para este día.

Todos tres reproducen sus instancias

Para obtener tal dicha si es posible

Y dar al Butalmapu circunstancias

Que envidiable lo harán, pero invencible,

Y rival en valor a las Numancias

Con sola su presencia diligible:

Pues tiene en el reverso de su cuño

Los cuatro Butalmapus en su puño.

Tucapel es, señor, todo de usía

Le dice aquel triunviro respetuoso;

¿Qué fuera, pues, aún sin vos aún en él sí,

Sino un caos confuso y tenebroso?

Su nuevo aspecto, verdor y lozanía

Se deben a ese sol tan generoso,

Que en su eclíptica de la paz amable

Gira toda la tierra infatigable.

¿Cuántos bienes nos trajo la misión?

Dedicada, señor, a vuestro nombre

La fama lo publica sin pasión

Y el polo hará inmortal este renombre;

De Ambrosianos tenemos el blasón,

Que es un apoteosis para el hombre,

Y el vivir como dioses, de ambrosía,

En Tucapel es pan de cada día.

Todo nos viene al colmo del deseo:

No nos falta blasón ni bien alguno,

En vos, señor, tenemos un Proteo,

Allá en nuestros patirus un Vertuno:

No hay aspecto ni oficio, no hay empleo,

En que no se trasforme cada uno,

A fin de conquistar a la Pomona,

Que es Tucapel ingrato a la corona.

Pero ya es Tucapel nueva Castilla,

Y si usía le honra será Corte,

Presidiendo el estreno de capilla

Y siendo del cacique el bello norte:

Con este paraninfo luce y brilla

En su sacro himeneo la consorte,

Pues la Pomona a su Vertuno fiel

Es con Iglesia nueva Tucapel.

Si tan grande favor no es asequible

Nombre día, señor, para la fiesta,

Un Domingo en la tierra muy plausible

Y en el que da su oráculo respuesta:

Vuestro amor a Millant es indecible

Desde que, nuevo Marte, fue a la testa

De la tropa al destino de Valdivia,

Amasando los monstruos de otra Libia.

No se puede negar la maestría

A súplica tan justa y conducente

A sostener derecho y regalía,

Que antigua posesión dio justamente,

Y pacífica aún fuera en el día,

Si en el mundo no fuese tan corriente,

Que las pías palabras mío y tuyo

No den a Dios y al César lo que es suyo.

Década Sexta

A nombre del señor maestro de campo asiste a la función su secretario, el señor don Domingo Tirapegui, capitán de dragones, con el comisario de naciones; señálese día para la fiesta y repartimiento de agasajos- Corren los mensajes por la costa.

Vuelve el dorado sol a su carrera

(Esto el nombre Millantu significa)

Ya tenemos Domingo y Primavera,

Todo en la luna y sol se vivifica:

Tierra y cielo se truecan esta era,

Y su bella armonía pronostica

Que octubre, Coelemu Fin detur aratro,

O terra feret stellas, día cuatro.

De asuntos y negocios un tropel,

Militares, políticos, de estado

Que por corona tiene un coronel,

Y brumarán de Roma el magistrado:

Del gran sol-dan privado a Tucapel;

Mas, siempre luce y brilla por sol-dado,

Pues en Millantu llevan un tesoro,

Y les da su maestre un sol de oro.

En honor del humano serafín

Francisco, de la Iglesia bello Atlante,

Su día se destina al gran festín

Que Tucapel celebra, fino amante:

El dueño de la costa y del cahuin

A toda costa sale por garante,

Y los que viven siempre de ambrosía

Tendrán ancha castilla en este día.

Para que llegue al colmo la grandeza

De función tan plausible y general

De nuestro soberano la largueza

Hace regio cahuin, fiesta real;

Todos grandes serán de boca y mesa

y mucho más gentil el más leal:

De los pies a cabeza, arriba abajo

Les dará gentileza el agasajo.

Con tan faustos anuncios, nuevas tales,

Regresa a Tucapel su triunviro,

A correr los guerquenes provinciales:

Desde Arauco a Tolrén toman giro;

Éstos son tan veloces que en pañales

Los de Alejandro quedan, los de Ciro;

Corren, vuelan el día de la fecha

Por todo el Butalmapu como flecha.

No te fatigues, no, Tucapelina,

En seguirle los vuelos a estas aves:

Cuidado que me huele a chamusquina

Ver que su ligereza tanto alabes:

Une, pues, la prudencia serpentina

Y el candor de paloma, si es que sabes:

Vayan enhorabuena por los vientos,

Noramala si tienen movimientos.

Si corren los mensajes mucho o poco

No lo tomes, Ladino, por tu cuenta,

Mira que anda al revés el mundo loco

Y dirá que la tierra es más violenta;

Que ella marche y no el sol es gran descoco,

Y ésto al copernicano le contenta;

Sólo falta quien diga por Jesús

Que se cansó la tierra, y adios luz.

Mientras corren o vuelan los mensajes

El Tucapel se vuelve matachín

Saltan, brincan los indios más salvajes,

Haciendo cabriolas su rocín;

Los caciques disponen hospedajes,

Galpones y ramadas a este fin:

Aún mi mancarrona y lerda Caliope

Anda no más al trote y al galope.

Las patirus como atalantes píos

En un instante corren sus dos millas

Y como piedras van por esos ríos,

Y así tras de la Iglesia sus capillas;

Por su adorno, aseo y atavíos

Andan el día y noche de puntillas:

Ninguno me dirá de que yo miento,

Porque vi con mis ojos lo que cuento.

Ya suenan las cornetas hacia el polo,

Ya se oye el tropel de los caballos,

Ya se acercan Millantu y Colocolo

Con todos sus caciques y vasallos;

Yo tengo mucho miedo pero sólo

A la tropa de Zoilos perigallos:

Cada cual con su tema, yo a la guasa

Digo a todos: más sabe el loco en casa.

Década Séptima

Llega don Domingo Tirapegui, y júntase todo el Butalmapu.

No alistó iguales tropas Tucapel

El gentil, el rebelde y belicoso,

Como acampadas vio, y al mando dél

El cristiano, leal y religioso:

En verdes pabellones su cuartel

Disponen con emblema misterioso,

Pues esperan en su Millant amado

En influjos gozar de un sol dorado.

Éste ya nos lo anuncia en el oriente

El alba con volantes monjibelos,

Que suplieran la noche precedente

La ausencia del Titán que es de los cielos,

Formando en la atmósfera y continente

Crepúsculos de un día paralelos,

Acróstico a la letra de ambrosía,

Pues se extendió hasta ocho un sólo día.

Sale el Domingo el sol, llega Millantu

Cual astro de primera magnitud

Trayendo entre sus brazos a Rencuantu,

Copia de su valor y su virtud:

Para su escolta trae a un Paillantú,

Con su apo guilmen el Neculbud:

Los caciques de Arauco, y conas cuento,

El comisario, y lengua, más de ciento.

Con esta comitiva hace su entrada

Por medio de ordenados escuadrones

Que a recibirle salen de la indiada,

Con vivas y saludos a montones:

Los Patirus celebran su llegada

Echando todo trapo y esquilones

Rompiendo del placer todos los diques,

En fuegos, luminarias y repiques.

El Tucapel en acto tan lúcido

Ocupa la vanguardia con primor

Formando de tritones al teñido

Un cuerpo de Guelmenes de valor:

Al Cathileubu todos han seguido,

Que es el Apo y real gobernador,

En premio de su mérito en la tierra,

Siendo vasallo fiel en paz y en guerra.

El Caicupil que manda Mariñán

Con el Colipichún, el Antiguenu,

El famoso Ilicura de Antimán,

El gran Guenulabquen, el Neculguenu

Que a Llinguegua y a Pausur leyes dan:

El guilmen de Molguilli Llancaguenu

El Paicaví, Ranquileo, la Anteguina,

El Thagaboso, el Guapi y su marina.

Todos estos cantones poderosos

Con el libre Pelico y el Contún

Ofrecen sus Ulmenes obsequiosos

Como la caremaguida al Pichún:

A Millantu cortejan officiosos

Siguiendo a Tucapel de mancomún:

Los vasallos y conas no los cuento

Diciendo, pues, millón, dijo que cuento.

Los demás provinciales Aillaregues

Que respetan la voz de Tucapén

Destinan sus caciques y conegues

Como Ranquelgue a su Llanpilabquén,

El Lleullén, Tanaquepe y otros regues

Parciales, Huaiquipán, Guincaquilmén:

El bravo Marilevi, el gran Quidico

Con los dos Millalibus grande y chico.

El triunviro se sigue tiruano

De Tucapel antiguo confidente,

Émulo de la gloria del romano

Por otro Cicerón en lo elocuente:

El Curimilla, digo, el Quintiliano

Con el Millanaque, y el cojo Guente:

Estos tres fueron sólo diputados

Por ser los tres caciques más letrados.

Si te parece aún grandeza poca

Al bermejo te doy Colicoyán

Que es duque o gеме, y tapa Imperial boca:

Al varón Guala, al Manque, al Guenchupán,

El invicto y leal como una roca

De Felipes al Vucha Inalicán,

Que blasona de ser Sotomayor

Y este gozo será mayor dolor.

Década Octava

Se celebra la fiesta y se dan los agasajos.

¡Jesús! ¡qué confusión, qué gritería!

¿Ésta es función de iglesia o es festín?

Retírense, señores, qué porfía

Por llegarse al altar y camarín

Ancunai. ¡Qué primor, qué melodía!

¿Ésta es fiesta real o es un cahuin?

La capilla con cosas muy brillantes

Una escuela parece de danzantes.

El sol está en capilla, en coro y cielo:

Cata aquí está Millantu y los cantores,

La tierra como estrellas en el suelo

Toda está sin son flores, no son flores:

Entre la misa y música me vuelo

Para oír el sermón y ver primores:

Marimari pu-ulmen, chitón, chitón,

Que en la lengua predicán el sermón.

«Venid a mí, comienza desde luego

Los que trabajáis, pues, y estáis cargados

Con la carta que os abrumba el mundo ciego

Con el peso fatal de los pecados:

Yo os daré todo alivio y el sosiego

Que liberta de azares y cuidados:

Tomad sobre vos el yugo de la ley

Tendréis descanso y paz con Dios y el Rey.

»San Francisco, mi amado patriarca,

Os llama, pues, en nombre del Señor,

A Tucapel convida y su comarca

Para oír las finezas de su amor:

A costa de don Carlos su monarca

El quinto, el augusto emperador,

Los hijos de Francisco misioneros

Descubrimos a Chile los primeros.

»Con Valdivia y Loyola capitanes

A quienes disteis muerte tan cruel

Andaban los patirus capellanes

Por la Imperial, Arauco y Tucapel:

Con Garcías-Mendozas, Villagranes,

Y demás generales un tropel,

Dando buenos consejos a la tierra

Para abrazar la paz y no la guerra.

»En Osorno, Valdivia, la Imperial

Villa-rica y Angol, aquí en Cañete,

En cohue, y en Puren inmemorial.

Tuvieron grandes cosas más de siete

Antes del alzamiento general

Que fueron de traidores el juguete:

¡Oh! si de tantos padres el martirio

a Tucapel sirviera de colirio!

»Abre los ojos, pues, mi pueblo amado,

Tiende la vista bien por tus ruinas:

¿Dónde está tu Cañete celebrado

Tu plaza y tu misión tan pedregrinas?

¿El fuerte de San Diego desterrado,

De Paicaví y Ranquelgue las doctrinas?

¡Si el padre Collinamun te parlara

El gallo de San Pedro te cantara!»

Dicho esto, lloraron a lo lejos:

La fiesta se acabó y entra el festín;

Se disponen las misas y trebejos

Para el indio más noble y más ruin:

Los Rapais y las damas, mozos, viejos,

Todos tienen su mesa en el cahuin:

Ninguno se levanta de su escaño

Hasta sacar el vientre de mal año.

Todos beben según su voluntad

Cual allá en el convite de Asuero

Pues la taza en beber según edad

Fue para Baltazar de mal agüero.

Contando por mayor en sobriedad

Por siete causas beben que número:

La sed que fue y que vino, la ambrosía,

El brindis que va y viene, noche y día:

Aquí toda la tierra balancea,

La costa se nos pone de costillas,

El humo se subió a la chimenea

Bajó el fuego a talones y puntillas:

También mi mancarrón aquí manquea

Sólo puede pasar por las orillas;

Y con el pun, pon, pun, y este trasnocho

Amanece de octubre el día ocho.

Década Nona
Continúa la materia precedente.

Sale el sol, descúbrese la tierra,

Preséntase Millant y brilla el globo

Y con su vista al punto se destierra

La zorra y el culpeu, el panqui-lobo.

En acuerdo se pone el alza-pena,

Los espíritus vuelven del arobo,

El Butalmapu que yo lo embriago

Cátale aquí sereno Areopago.

Al nombre de Millant y presidente

Rompe la parla el rey Pichipillán,

Como sacro real muy elocuente,

Con el gran gran Neculbud y Mariñán;

Cara a cara se ponen, frente a frente

Y la atención captada por don Juan,

Derrama en los asuntos que les toca

Raudales de ambrosía por la boca.

Con garbo felicita a Tucapel

En asunto a la iglesia que ha estrenado,

Y que a su gran maestro coronel

Se debe dar las gracias de su estado:

Que le sea obediente, leal, y fiel,

Y cumpla la palabra que le ha dado

De vivir siempre en paz sin novedades

En servicio de ambas majestades.

La noticia les da del parlamento

De su jefe también y nuevo Alcides,

De las prendas amables y talento

Del señor don Ambrosio Benavides,

Quien hace en su maestro nombramiento

Como en Hércules galo de estas lides:

En lo sabio y discreto como él mismo

En las hazañas, triunfos, heroísmo.

De aquí sigue la parla de agasajos

A los caciques fieles de la costa,

Porque a la regia tropa en sus trabajos

Le dieron buen pasaje por la posta:

Cata aquí los más rotos más majos,

Y el español se vuelve una langosta:

Por su amado Millant corre la entrega,

Brama la envidia huinca siempre ciega.

Para corona y fin del parlamento

A sus cari-patirus encomienda

Y a la escuela que tiene su convento

De niños y de gueñis, como en prenda:

A todo el Butalmapu muy contento

A su hijito Renqueant les recomienda;

Y luego se lo entrega a los caciques

Rompiendo del amor todos los diques.

Cada cual prontamente y con agrado

Lo abraza y acaricia con franqueza,

El lujo de su padre deja el lado

Con gran serenidad y sin sorpresa:

Del bárbaro prolijo no ha mostrado

Ni miedo, ni temor, ni otra flaqueza;

Verificando así, si bien adviertes,

El dicho que de fuertes nacen fuertes.

Vaya, pues, de paréntesis, amigos,

Siga aquí la posdata mi canción,

Si tiene la verdad más que enemigos

En la era presente sin razón:

Los indios y españoles son testigos

De tan plausible y célebre función:

Diga y maldiga envidia lo que quiera

Ella será la última y primera.

Cuando en colmo del gusto y de la paz

Dedican su coyac junto a los padres,

Corre, pues, el run-run así no más

Que los hijos se comen a sus madres,

Que la tierra está alzada sin disfraz

Y que han muerto a Millant y sus compadres:

La Mocha y la frontera alborotadas

Y Tucapel se ríe a carcajadas.

Dígame sin envidia el amor propio

¿Por qué es tan inhumano y suicida?

¿Y quién le puso nombre tan impropio

Si se mata por ésta y la otra vida?

Vaya de papirote San Eutropio,

Y tome mi consejo el propicida:

Conténtate no más con lo que es tuyo

Demos a Dios y al César lo que es suyo.

Década Última
Da las gracias y se despide el Butalmapu.

Al fin la perdiz canta corredora

Que el nombre Nculbudu se interpreta,

Y con voz elocuente y muy sonora

Pasa la parla y Duguo a su Atleta;

Al Mariñancu digo que decora

El nombre que un imperio más respeta:

Diez águilas se llama, y estos lauros

La Roma prefirió a los minotauros.

Del comisario es eco Neculbud,

Del Butalmapu voz el Mariñán

Y con duo de tanta multitud

Todos a Dios y al rey gracias dan:

Al jefe coronel su gratitud

Se va como a su polo dulce imán:

Oyéndole en Millanta dulce oráculo

Y de toda la costa el espectáculo.

Uno a otro se dan la enhorabuena

Del parlamento próximo y su Atlante,

Echando sobre esto una docena

De cosas, marimari por delante:

Aquel Hércules galo les resuena

Por quien Pichipillán metió el montante,

Sus hazañas glosando y valentía

Con muy sabia y feliz mitología.

Marimai pu-ulmen al señor Apo

De este Güenpín real canta la indiada,

Al señor Martín Campo, Hércules guapo,

Se viene clara y fiel que no pintada:

Echen los Butalmapus todo trapo

Y dese el parabién su cacicada:

Sus hazañas y triunfos en la tierra

De Hércules han sido en paz y en guerra.

Los triunfos del León y la Serpiente,

Del Caco salteador astas de oro,

Stimphalidas voraces, como gente,

Amazonas vencer, de Creta el toro,

Salir de madre Alfeo, y su corriente

La Hidra, el Cancerbero, y su tesoro,

Redimir los cautivos de Jerión,

Del señor Martín Campo hazañas son.

Del pacífico mar a cordillera

No hay leones fatales con su piel

Y al canto de este gallo a la carrera

Dejan la vida airada y lo cruel

De la Hidra infernal y Cancerbero

Habla por mar y tierra Tucapel:

¿Quién sostiene su cielo militante

Sino el Hércules galo como Atlante?

Los pájaros cerriles montaraces

Que Stymphalidas dicen se llamaban,

Todos tan monstruosos y voraces

Que de hombres no más se alimentaban;

Siendo tan alicuyes y aún audaces

Que cubrían el sol cuando volaban:

Al monstruo de la Envidia representan,

Y a los que deste vicio se sustentan.

Al sol tiran en daño de la tierra

A eclipsar por tener muy grandes alas;

Pájaros que le hacen cruda guerra

Y son en sana paz Perú de malas;

Mas el Hércules galo no la yerra

Aunque a los tales dicen no entran las balas;

Con las flechas de oro a puntería

Destos pájaros caza noche y día.

En las demás proezas, cosa es llana,

Que se lleva también la maestría;

Mas este asunto es de una ambrosiana

Pues la Tucapelinaes niñera.

Adios sol, adios luz, hasta mañana,

Que será, como dicen, otro día;

Esto va de viaje y de farfulla

Y lo mejor será meterle a bulla.

¡Viva el Orfeo, viva el Anfión!

Grita la tierra toda hasta los Andes.

¡Viva el Alcides, viva redención!

Claman ya los cautivos, chicos, grandes.

¡Viva el Atlante, viva el Paladión!

Salta en fin Tucapele por los de Flandes:

¡Viva el Hércules galo y andaluz

Que puso en sus columnas el [***]

Non plus.

Dedicatoria a la Ciudad de Chillán

No a ti, Apolo celeberrimo,

Ni a vos Piérides bellas,

Eutherpe, Clío y Talía

Os elijo por Mecenas

De ésta mi Tucapelina

Como suelen los poetas:

Más que nunca os enojéis

Dando al cielo vuestras quejas

Pues serán desatendidas

Por injustas y altaneras,

Al ver que a mejor Apolo

Le consagro mi poema.

A ti, pues, mi noble, ilustre

Ciudad de Chillán, que en fama

Eres émula de Atenas,

De su célebre Aréopago

Por tus leyes tan severas,

Por la equidad y justicia,

Circunspección y prudencia

De tu sabio magistrado,

Por cuyas venas y arterias

Corre y circula a porfía

Tanto raudal de nobleza,

Tanta sangre generosa

De la española grandeza.

A ti pues, vuelvo a decir,

Ciudad heroica y excelsa,

Contra Zoilos y Aristarcos

Imploro por mi Mecenas,

Pues aunque fuese mi numen

Perfecto cual Venus bella,

Es la envidia tan voraz,

Tan temeraria y tan ciega

Que le mordiera el chapín

A no poder su belleza.

A ti, en fin, mejor Apolo

De la brillante asamblea

De tantas musas bizarras

Que decoran y hermocean

Ese Parnaco chileno,

Dedico la corta ofrenda

De aqueste tosco diseño

De la más plausible fiesta

Que se ha visto en Tucapel,

Ni en su comarca y frontera,

A ti te se debe todo

Como patria amada y bella,

Como madre de tus hijos

Que en tu regazo sustentas:

Pues de tu colegio salen

Los padres y sus proezas.

Además destes motivos

Que hacen tuyo mi poema,

Tiene la Tucapelina

Su conclusión y su fecha

En tu más plausible día

Que en todo el año se cuenta,

El veinte y cuatro de octubre,

En que la Iglesia celebra

Del arcángel Rafael

La grande y plausible fiesta,

Por medicina de Dios

Que su nombre se interpreta,

Paraninfo y abogado

De bodas nobles y honestas:

En este plausible día

Por muy sabia presidencia

De los ilustres cabildos

Desta ciudad y frontera

Se celebra la función

Del gran apóstol de Armenia,

De las Indias Orientales

Y del imperio de Persia,

Señor San Bartolomé,

A quien devota venera

Por tutelar y patrón,

Y alférez de las banderas

Del sumo Rey de los Reyes

Y señor de cielo y tierra;

Para ilustre testimonio

Y para memoria eterna

De aquel venturoso día

En que las armas del César

Triunfaron gloriosamente

Del poder de las tinieblas,

Del araucano valor

Y de la fiera pehuencha,

Que infestaban la provincia

Con terror de la frontera;

Es estandarte real

Se enarbola, y victorean,

¡Viva España, viva el Rey!

Por todo el aire resuena.

Fundaron esta ciudad

Tan deliciosa y amena

El general Rui Gamboa,

Sobre los años setenta

De aquel siglo diez y seis;

Poblándola la nobleza

Del ejército español,

Y reparándola está

De temblores y ruinas

Segunda vez y tercera,

En honra de Dios y el Rey,

Gloria de cielos y tierra.

De estos héroes famosos

Descienden por mar y tierra.

Los Sepúlvedas, Acuña

Riquelmes de la Barrera

Sotos, Garcías, y Pino,

Olivares y Contreras,

Los Cerdas y Benavides,

Los Mardones y Fonseca,

Y otras familias ilustres,

Quienes vinculan y heredan

La lealtad a su rey,

Su valor y su nobleza,

Su religión y piedad,

Su pompa y magnificencia

Que en la gran fiesta del ángel

Todos los años ostentan.

Recibe, pues, este obsequio,

Ciudad muy noble excelsa,

Que tus respetos me dictan,

Que mi gratitud me ordena,

Que mi afecto te consagra,

Que tus aras no desdeñan,

Y por muchos siglos Vale

Hasta que tengas imprenta.

Para un Rato

Mas, tened, que voy perdido

Porque ya todos me arguyen

Que ha faltado a mis empeños

Si a salir de ellos me puse.

Que si el blanco de mi intento

Son las glorias que me incumbe

Cantar de una Madre Virgen

Reina del sol que nos cubre,

El asunto que he tomado

(Aunque muy poco discurre

En tal ocasión mi ingenio)

Es que en semejanzas funde;

Proporcionando con ellas

Las grandezas, las virtudes

De un cielo en quien su Criador

Sus maravillas esculpe.

Digo, pues, que vuestra Diosa

Es de estas sierras cacumen,

Cuyas nevadas cabezas

En cristales se prorrumpen.

La escarcha de aquestos montes

Con propiedad se atribuye

A la Virgen de las Nieves

Que en su lugar contrapuse.

Porque se esparcen sus aguas

Por diversos arcaduces,

Para que todos se laven

Y nuestras culpas se munden.

Los rayos del sol divino

Con soberana vislumbre

Hieren sus cándidos pechos

Para que sus aguas duren.

A las aves que gorjean

En aquestas excelsitudes

Los cielos les dan canciones

Para que su canto emulen.

Aquesta es la semejanza

Que en mi introducción propuse

.....

..... alude.

Aquesta es la nieve pura,

Que divinas hebras bruñen,

Aqueste el trepado

Que mi concepto introduce.

Aquesta es la firme escala

De Jacob, no hay quien ...

Pues hace por sus tramos

Los serafines se crucen.

Aquesta es la clara fuente

Que de la más alta cumbre

Baja a lavar nuestras culpas

Para que en blanco se juzguen.

Aquesta es la que en visión,

Mujer vestida de luces

Vio el amado coronista

Sin interrupción de nube.

El sol, luna y las estrellas

Su sagrado vientre cubren,

Y por alta providencia

A aquestos desiertos huye.

Deja burlado al dragón

Que juntamente concurre

A devorarle su pasto

Entre los dientes que cruje.

Aqueste es el monte santo

Sobre cuyas nieves luce

Trono del manso cordero

Y el nombre que en él se esculpe.

Sólo las vírgenes cantan

En cítaras y en adufes

A vista de aqueste monte

Sacrosanto a todas luces.

Aqueste es el sumo altar

Adonde en primeras cruces

Se dio en holocausto el hijo

Al Padre de eternas lumbres.

Aquesta es la primera mesa

Donde el maná se conduce,

Para que crezca la vida

Y la muerte se sepulte.

Todas aquestas proezas

Finalmente se concluyen

Con decir que por humilde

A ser la más grande sube.

Y porque claro se vea

Que la humildad sobrepuje

A todas las perfecciones,

Narraré por que me escuchen.

Ordena Dios se desprecie

Al altivo que presume,

Y a la vista del humilde

Le dice al profeta: ¡surge!

Pregunta el magno doctor.

Con su acostumbrado numen,

Que por qué manda se eleve

Cuando al más mínimo unge.

¿Tan grande era el pequeñuelo,

Que es menester que se mude

De su asiento y se levante

Para esta antigua costumbre?

Sí, responde el santo, y dice

Con razones que concluyen:

Magna excelsitudo humilium

Es el texto que prorrumpe.

Porque la humildad es tanta

Y de tal marca su cumbre,

Que no hay profeta que llegue

Por mucho que se apresure.

Que a Cristo conforte un ángel

Cuando en sus angustias sude,

Está bien, pues que la muerte

Aguarda que le ejecute.

Pero, que para ser reina

La Virgen santa se escuse,

Y esforzada de los cielos

¡El mismo arcángel le ayude!.

Aquesta es la maravilla

Éste el portento que arguye

A la humildad más brillante

Quilates de mayor lustre.

Hasta aquí pudo elevarse

Mi pluma sin que se turbe,

Dando a mis labios aliento

Porque la voz articule.

¿Qué tengo más que deciros

De este monte que produce

Nieves que al suelo reparten

Aguas de gracia y saludes?

Vos, señora, sois la escarcha,

Las perlas que se sacuden

Para que se rompan hierros

De depravadas costumbres.

Vos, señora, sois la escala

De Jacob, por donde suben

Nuestras ofrendas al cielo

Por aqueles arcaduces.

Vos, señora, sois la fuente

Que baja de aquesas cumbres

Para que el alma se lave

Y entre renglones se juzgue.

Vos sois la visión hermosa,

Cubierta de varias luces,

Vestida del sol y estrellas,

Sin apariencias de nube;

Vos, el altar soberano

Donde al padre de las cumbres

Ofreció el hijo holocausto

De sus esperadas cruces;

Vos sois aquel monte santo

Sobre cuyas altitudes

Pone su trono el Cordero

Y sus grandezas esculpe;

Vos sois, Señora, la mesa

Donde el maná se produce;

Sois por quien muere el dragón

Y sus fieros dientes cruje;

Sois el pequeñuelo humilde

Que el mayor profeta os unge,

Porque los demás no pueden

Alcanzar aunque madruguen;

Sois la que para reinar

Es menester que os ayude

El que a Cristo dio consuelo

Cuando sin él se presume;

Sois, al fin, el complemento

De las mayores virtudes,

Pues la humildad será el blanco

Donde todos se dibujen.

Y pues os nombráis piadosa,

Y en vos este nombre luce,

Tuteladnos como madre

Cuando reina os constituyen;

Mirad con serenos ojos

A vuestro auditorio ilustre,

Que fervoroso os celebra

Si con devoción acude.

Vuestros humildes cofrades

Que a esclavos se os restituyen,

Ricos afectos ofrecen,

Aunque pobres los murmuren.

Debajo de vuestra sombra

Recogedlos, porque huyen

Del fuego que los abrasa

Por las centellas que escupe.

Refrescad con vuestras nieves

La nieve que los consume,

Con ardores del olvido

De lo que importa que cuiden.

Canten vuestras alabanzas

En acordados laúdes

Los serafines más altos;

Los ángeles os saluden;

Los patriarcas os alaben,

Los profetas os anuncien,

Los apóstoles os sirvan,

Los mártires os encumbren.

Los confesores declaren,

Las vírgenes no se escusen,

Y el mismo Dios con ventajas

Himnos y laúdes pronuncie;

Porque el narrar vuestra gloria

A mi cortedad no incumbe,

Pues para cifrar grandezas

Es corto el mayor volumen.

Amparadnos cual patrona

Y haced que se desocupen

De enemigos las fronteras

Que a vuestro cargo relucen.

Tocad al arma, Señora,

No deis lugar que se burlen

De las cristianas banderas

Estos temidos gandules.

Haced que las cajas suenen

Y los clarines retumben,

Los soldados que disparen

Los mosquetes y arcabuces.

Rompan con vos la batalla,

Y la victoria asegure

Vuestro poder soberano

Porque el bárbaro no triunfe.

Y a mí perdonad, Señora,

La insuficiencia que tuve

En querer con torpes labios

Deciros lo que no supe.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

